

Una reflexión teórica en torno al espacio urbano como eje de enraizamiento/desarraigo

A theoretical approach to urban space as the axis of rootness/rootless

Guillermo Aguirre-Martínez

Universidad de Deusto

guillermo-aguirre@hotmail.com

Resumen. El presente artículo expone una reflexión teórica en torno al crecimiento de la ciudad en el marco de la sociedad actual. Desde sus fundamentos y en relación con el concepto de centro, observaremos los riesgos que conlleva la prescindencia de este último –de la función ejercida por el centro–, así como comentaremos los posibles caminos a tomar por la ciudad y por sus habitantes con vistas a contrarrestar los efectos del desmesurado crecimiento que caracteriza a la megalópolis contemporánea.

Abstract. This paper shows a theoretical approach to the growth of the town in the framework of our society. From its basis, and related to its concept of being the center, we study the risks of ignoring that concept and its function. We also deal with different hypothetical ways of counteracting the effects of the disproportionate growth which characterizes the contemporary megalopolis.

Palabras clave. Ciudad; axis mundi; megalópolis; conurbación.

Keywords. City; axis mundi; megalopolis; conurbation.

Formato de citación. Aguirre-Martínez, Guillermo (2017). Una reflexión teórica en torno al espacio urbano como eje de enraizamiento/desarraigo. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 7(1), 31-40. http://www2.ua.es/urbs/index.php/urbs/article/view/aguirre_martinez

Recibido: 17/04/2016; **primera revisión:** 07/12/2016; **aceptado:** 03/04/2017; **publicado:** 03/05/2017

Edición: Almería, 2017, Universidad de Almería

Introducción

La búsqueda de ejes y espacios donde habitar nos lleva a un natural rechazo hacia aquellos objetos y categorías orientados al impedimento de tal deseo. En este sentido, distintos factores intervienen en el presente proceso, muchos de ellos en sentido contrario al anhelado, de manera que allá donde unas realidades se abren a la posibilidad de asentarnos existencialmente, otras tantas nos desvinculan más y más de nosotros mismos, de nuestra historia también, así como de nuestro entorno, impidiendo o al menos obstaculizando nuestro óptimo estar en el mundo.

En este orden de cosas, la ciudad, comprendida como órgano en constante reelaboración –en crisis permanente, podríamos añadir en lo relativo a nuestra esfera actual¹–, expone de modo notorio las dificultades con las que colectivamente interactuamos, así como la manera de superar tales adversidades o, en otros casos, la forma de ceder ante ellas ya sea como consecuencia de las continuas y repentinas transformaciones experimentadas entre sus márgenes, o como consecuencia de su imposibilidad, su negativa incluso, a padecer dicho cambio.

Partimos, con vistas a exponer los conflictos recién aludidos, de la existencia de dos esferas bien delimitadas en el espacio de la ciudad contemporánea. La primera puede ser definida como la ciudad monumento, es decir, aquella que nos remite a una serie de lugares urbanos sólidamente cimentados a modo de vías, ejes, espacios y edificaciones, cuya tan a menudo deja de corresponderse con su situación

¹ Con el término crisis permanente nos referimos, sin más, a la constante metamorfosis de la ciudad en lo relativo a todos sus niveles compositivos, devenida o al menos producida al compás de la serie de transformaciones sociales de las que toma parte. Estas transformaciones sin freno, características de la cosmovisión occidental desde al menos la segunda mitad del pasado siglo y hasta la fecha, debido a la carencia de un eje rector, de un sentido preciso que las dinamicen, determina el enjambre de posibilidades, soluciones y variantes que la ciudad, en su crecimiento, expresa, si bien, reiteramos, a falta de una serie de valores dominantes, simbólicos, en nuestra sociedad actual, impide un crecimiento dotado de mayor organización y, si se quiere, centralización.

nuclear. Dichos lugares, en este caso, lejos de mostrarse como espacios dinámicos, de aglutinamiento y devolución de energía, valores, etc., esto es, lejos de comportarse como símbolos, quedan reducidos a su mera manifestación a modo de objetos incapaces de asumir transformaciones y, por tanto, socialmente ineficaces. Esta cualidad nuclear habrá de comprenderse desde su función y no desde su situación global, de modo que así mismo podremos encontrarnos con los aludidos núcleos en las distintas zonas periféricas de una u otra ciudad. Desde este extremo desde el que partimos, con centro –por el momento– aludimos a espacios tendentes a la cosificación de energías, y no a espacios encaminados a posibilitar la sinergia de estas últimas en torno a un actualizado eje rector.

La segunda de estas esferas, por su parte, la comprendemos como aquel espacio u objeto, maleable aún, capaz de expresar las intenciones del espacio vital en que se asienta, permitiendo con su mero estar la simbolización del espacio urbano pues se muestra coherente con las demandas de su esfera cultural y social y, en consecuencia, con cuanto concierne tanto a las raíces como a las intenciones de esa misma cultura. El lugar, de tal modo, se presenta habitable: ordena, emplaza, a la vez que permite la dinamización del espacio que gobierna, haciéndose por ello centro quede donde quede situado y no ya por atesorar sino por el hecho de articular, absorber y devolver con sentido las energías, emociones e ideas que en torno suyo circulan². En este aspecto, hemos de comprender que lo simbólico, en cuanto exponente de una idea dominante en el seno de una sociedad, requiere tanto de un sustrato permanente –dentro de una medida histórica, obvio está– que lo dote de vigencia, como de una constante adecuación formal a las distintas realidades con el fin de caminar acompasado a las transformaciones históricas.

De este modo, en el primero de los casos podemos hablar de una inadecuación entre el objeto –comprendido como axial debido no a su valor como tal, sino a su tendencia a reificar aquellos conjuntos de los que forma parte– y el entorno en el que se asienta. Dicho objeto, lejos de ponerse en relación con su esfera vital, eclipsa el dinamismo del lugar tendiendo a representar un poder ya periclitado o, en tantas ocasiones, a ejercer tal poder de modo abusivo, esto es, sin atender a las demandas del conjunto de realidades con las que convive. En estos casos, cuanto ayer se presentaba como símbolo poseedor de significación, es decir, como espacio nuclear, como verdadero *axis mundi* no meramente acaparador, sino a su vez transformador y dotador de sentido, como templo³, en fin, se presenta ahora desde su carencia de valor en sí y para el otro, encarnando con ello un bloqueo social y, en consecuencia, denotando –no simbolizando– un malestar igualmente social. El lugar antaño tenido como espacio de asentamiento de fuerzas anímicas –y en ello tiene cabida tanto lo telúrico como lo trascendental–, se presenta ahora huero, carente de sustancia, todo fachada, ejerciendo a lo sumo un dominio material que nada sabe de cuanto escapa al número y a lo concreto. Una realidad eminentemente visual –y aludimos con ello a su cualidad de fachada–, por concretar, concentra todo el sentido que tal lugar puede llegar a poseer de manera que, dada nuestra exagerada iconodulia, será venerado por el mero hecho de presentarse revestido de una atractiva superficie, si bien ajado y famélico de puertas adentro.

La presente desubicación irremediabilmente acaba por afectar al entorno que debería articular y, por derivación, a la ciudad en su conjunto, obstaculizando por una parte la necesaria refuncionalización, desposeyendo a un concreto entorno de un plausible dinámico centro, y provocando por la otra, como observamos en tantas y tantas ocasiones, la creación de nuevos espacios en principio nucleares, si bien

² En opinión de Christian Norberg-Schulz, “un lugar no sólo se convierte en un centro a consecuencia de funcionar como meta en el espacio existencial. Hemos visto que es de igual importancia mirarlo como punto de partida. Por lo tanto, la tensión entre las fuerzas centrípetas y centrífugas es lo que constituye la esencia de un lugar” (1980, p. 56).

³ Funcionando así a modo de círculo protector, de espacio en relación no ya con un orden cotidiano, sino, primeramente, con uno numinoso.

paulatinamente más y más alejados de su emplazamiento ideal, espacios cada vez más inhabitables, más anodinos e insanos⁴.

La pérdida de centros, el rechazo de los mismos o la excesiva acumulación de éstos –hecho que evidentemente los desposee en mayor o menor grado de valor simbólico–, ilumina una realidad evidente en nuestras grandes ciudades, cada vez más acumulativas, hipertrofiadas y, en consecuencia, ajenas a una medida humana, por no hablar de su difícil sostenibilidad en términos generales. Lo indeterminado⁵, continuo y disfrazado, cuando no lo es, con el nombre de orgánico, cuando no lo es, se impone en este modo de desarrollo hiperactivo y enojado llamado a sustituir, finalmente, lo nuclear-simbólico por lo periférico, lo axial por lo caótico, y lo humano por el fruto económico que aquél, el sujeto, concede. La ciudad se expande a modo de megalópolis en la que centro y periferias quedan absolutamente distanciados, llegando a presentarse el primero, según dijimos, como monumento sin más –al no quedar ya en relación con un conjunto, sino aislado–, y las segundas como espacios invertebrados e irremediabilmente desarraigados respecto de hipotéticos ejes.

Todo ello, añadimos, llega además acompañado –no como causa o como consecuencia, sino como hecho inherente al entrópico proceso que exponemos– de un natural rechazo colectivo –signo del espíritu de los tiempos, si bien no tanto observable en un plano real, concreto, sino en uno meramente ideológico– al centro como tal, al centro como espacio axial, de articulación, dada la tendencia de éste, ya sea por su propia naturaleza, ya por cuanto nosotros hacemos del mismo, a ejercer su despótico dominio sobre el individuo y sobre el espacio.

En esto último, qué duda cabe, además de correr el riesgo de resultar cegados por nuestras ideas, llegamos a olvidar la aptitud transformativa del sujeto, capaz de hacer de sus centros espacios de asentamiento existencial –simbólicos– y, de este modo, generar unas adecuadas relaciones entre forma y función. El sujeto, temiendo las consecuencias de su hipotético asentamiento, queda definitivamente desarraigado, sin vínculo alguno con su entorno y, por tanto, sin lazo consigo mismo: el sujeto se ve cosificado. Con todo, añadiremos, no poco de real reside en el aludido temor en la medida en que una vez iniciado el proceso de distanciamiento entre espacio dominante y espacio dominado, una vez roto el lazo urbano y social que debería articular ambas esferas, el centro queda desprovisto de su función dinamizadora pasando usualmente a comportarse como agujero negro, como araña emplazada en el núcleo de su red, de una enorme tela constantemente expandida y dispuesta a devorar, obvio resulta, todo cuanto se pone en relación con ella o, en rigor, todo cuanto se presenta a su alcance.

Prolongación sin medida del espacio urbano

Mencionábamos en el punto anterior que una adecuada inserción del sujeto en el espacio urbano requiere del dinámico equilibrio entre centros y periferias, de un constante trasvase de fuerzas con la aceptación, a la larga, del nacimiento de nuevos centros, el decaimiento de otros, o la remodelación tanto estructural como significativa de los ya existentes. Estos últimos hechos, en cierto modo y en su puesta en práctica,

⁴ Comenta Lewis Mumford al respecto que “cuando uno se aleja del centro, el crecimiento urbano se vuelve cada vez más sin sentido y discontinuo, más difuso y sin eje” (2014, p. 905).

⁵ Koolhaas, en su trabajo sobre la ciudad genérica y en relación con el crecimiento urbano cuando éste es guiado por el sinsentido y la falta de criterio, expone los peligros de un territorio dominado por la desmedida proliferación, por el caos y por una continuidad comprendida como “la esencia del ‘espacio basura’; este aprovecha cualquier invento que permita la expansión, despliega una infraestructura de no interrupción” (2014, p. 72).

vienen a cumplir con aquella *tabula rasa* experimentada por nuestra cultura a lo largo del siglo XX emprendida a raíz de la invalidez de las formas estéticas y morales heredadas⁶.

Esta *tabula rasa*, como es sabido, apunta a la no aceptación de unas estructuras devenidas, con sus lógicos matices, de la cosmovisión grecolatina y, más concretamente, de la renacentista, rechazadas ambas, especialmente la segunda, por inadecuadas a un diferente –más complejo, se podría señalar– espíritu de los tiempos, rechazo que guarda una directa relación con la necesaria decadencia occidental acontecida a lo largo del pasado siglo, decadencia que podría comprenderse como renovación simbólica –cultural, de valores por tanto– desde una visión optimista en la medida en que desconocemos, por estar inmersos en dicho proceso, su alcance.

En este sentido, la búsqueda de unas raíces más esenciales, más hondas si cabe que aquéllas de las que nos hemos nutrido de modo directo en los últimos siglos⁷, quedó orientada durante la pasada centuria al desvelamiento de lenguajes pre-rationales, de expresiones no signadas por nuestro sistema lógico y, en consecuencia, ajenas a aquellas coordenadas de pensamiento más obvias y patentes a lo largo de nuestra historia occidental. La posthistoria, por tanto, nos remite directamente a la prehistoria, espacio donde hallamos unas intenciones –un conflicto, habremos de decir en lo que concierne a nuestros tiempos presentes– en tantos aspectos parejas a las actuales y que nos ponen en directa relación con la búsqueda de centros, de objetos y emplazamientos axiales, capaces de asentar nuestra identidad sobre la base de los fenómenos primarios, sobre aquellas expresiones formales con un pie en lo meramente antropológico y con el otro en lo eidético, incluyendo aquí necesariamente el fenómeno trascendental.

Con todo, estableciendo una equivalencia entre lo acontecido en la esfera de un arte relativamente actual – y con ello aludimos al recién señalado intento de *tabula rasa* acontecido a lo largo del paso del primer al segundo tercio del siglo XX, y al hallazgo y concreción de unos primeros símbolos de axialidad buscados de manera denodada hacia el final del segundo tercio⁸– y lo observado en torno al crecimiento de la gran ciudad contemporánea, veremos cómo en este último marco –siempre de costosas transformaciones dadas las medidas que atesora– acontece un fenómeno similar definido por el decaimiento o refuncionalización de lugares y estructuras ya existentes, así como por la búsqueda de nuevos ejes, si bien, como ya hemos dicho, en tantas ocasiones tendentes a la hipertrofia y al olvido de toda relación entre centro, centros y periferias, y en consecuencia quedando abocada la ciudad a desproveerse de un sentido tanto social como estético y orgánico. En estas ocasiones, apostillamos, lo racional y lo orgánico, más que dejar de existir, adolecen de incumplir con sus leyes internas, obviando el uno guiar y el otro transformarse, y obviando a su vez ambos llevar a cabo cada una de sus demandas por medio de convenientes articulaciones –nódulos mediadores– capaces de dotar al conjunto del sentido demandado por todo asentamiento colectivo.

Comprendemos, por todo ello, que así como en el horizonte de la estética moderna⁹ se produce un rechazo hacia un orden simbólico precedente –e incluimos aquí el lenguaje– que lleva a retrotraer al sujeto, al artista y al hombre de ideas en primer término, hasta un orden previo al momento de fuerte

⁶ Remitimos al lector, en lo relativo a este conflicto, a la obra *Forma y voluntad* (Aguirre-Martínez, 2015).

⁷ Comprendiendo por todo ello que el sistema simbólico tradicional hace accesible pero así mismo encubre órdenes pre-rationales más vastos y elementales.

⁸ Las presentes búsquedas han de comprenderse como un primer deseo de resimbolizar una realidad dañada en lo relativo a sus ejes simbólicos. En este sentido, respuestas estéticas tales como las expuestas por Tàpies, Giacometti o incluso Kiefer, iluminan de modo patente la aludida necesidad de construir lugares de ser –en el sentido desarrollado por Heidegger a lo largo de su obra– sobre los que fundamentar valores e ideas.

⁹ Tomando este horizonte en sentido amplio, es decir, desde el anuncio de la renovación de valores vaticinada y ya emprendida por Nietzsche.

coagulación que es el periodo grecorromano –emparentando así nuestra estética reciente con aquella otra propia de un periodo primevo para comenzar, ésta como aquélla, a buscar y a exponer unos primerizos signos de simbolización o, en su caso, de resimbolización, y aludimos con ello a una imagen capaz de reunir lo concreto con lo eidético–, encontramos en la decadencia con que se nos revela la megalópolis contemporánea –decadencia en directa relación con la demolición de una serie de formas y, por ende, con el apagamiento de las ideas sustentadas sobre las mismas– un paralelo y salvaje abocamiento hacia una tierra de nada y de nadie incapaz de dotar de más sentido que el ausente al organismo en cuestión¹⁰.

Frente a esta insana hipertrofia, la única opción viable pasa, como se ha indicado, por escapar tanto de la vaguedad de un crecimiento falsamente orgánico, como del constreñimiento propio de uno en exceso racional, al menos siempre que cada uno de éstos se presente sin atención a los requisitos demandados por su propia naturaleza, así como por las necesidades de la sociedad donde se integra o, en este caso, desintegra. En este sentido, y regresando a una hipotética búsqueda de centros vitales, de enclaves en torno a los cuales articular un determinado espacio, una determinada realidad existencial, hemos de comprender que el proceso de descentralización y desenraizamiento experimentado por el sujeto en la gran ciudad, difícilmente puede generar espacios humanamente habitables en la medida en que más allá de una determinada proporción, es sabido, inoperante –al menos hasta la fecha y conforme a los medios actuales–, la comunicación entre cada uno de los plausibles centros que lleguen a proponerse.

La ciudad, cada una de las células de este inmenso organismo que continúa creciendo y creciendo, se torna en estos casos impermeable a sus múltiples constituyentes, denotando con ello la solidificación de sus no muy obvias membranas, encarándose cada una de sus células no ya hacia el exterior, sino hacia su propio interior, y volviéndose, en consecuencia, cada una de sus partes trágicamente autorreferencial¹¹, cerrada al resto del conjunto e imposibilitando con ello la adecuada comunicación de todas ellas con un cada vez más agresivo espacio exterior. En estos momentos, cercado el horizonte de la esfera, el entorno se vuelve insalubre pues el aire deja de correr entre sus márgenes. El espacio urbano, en fin, se ve imposibilitado de dar cabida a aquellos hechos, a aquellas ideas, que tornarían plausible la vida de esa forma, la de los sujetos, en suma, que en su interior residen¹².

Esta forma desmedida entendida a modo de estructura hacia la que se encaminan las grandes urbes actuales, se presenta, por tanto, como verdadera conurbación, por atenernos a la distinción advertida por Patrick Geddes y recordada por Mumford¹³, esto es, como esfera vital en la que unas y otras unidades dejan de complementarse para acaparar cada una de ellas el mayor beneficio sin contar con los requerimientos de las otras. El organismo se hipertrofia hasta constituir cada uno de sus hipotéticos centros estructuras a la deriva ciegas a todo sentido colectivo. La gran urbe participa, en su exagerada magnitud, del apocalíptico proceso de deshacimiento interior, de deshacimiento referencial, experimentado por toda realidad humana a lo largo del pasado siglo.

¹⁰ Y en este punto observamos que allí donde en un periodo fundacional se comenzó a consolidar un duradero ordenamiento simbólico –asociado a la configuración de unos valores estéticos, éticos y existenciales–, en uno reciente se ha asistido al apagamiento del mismo, sufriendo la ciudad tal pérdida de sentido tal y como observamos en su vertiginoso crecimiento, fenómeno relativo al despojamiento de lugares axiales.

¹¹ En relación con el devenir arquitectónico reciente, menciona Juhani Pallasmaa que “cuando comparamos los proyectos de la primera modernidad con los de la vanguardia actual podemos percibir inmediatamente una pérdida de empatía hacia el habitante. En lugar de estar motivada por la visión social del arquitecto o por una concepción empática de la vida, la arquitectura se ha vuelto autorreferencial y autista” (2016, p. 15).

¹² Ejemplos del presente hecho los encontramos en megalópolis como la Ciudad de México, Lima o Bombay. En ello no influye primeramente el nivel económico de la urbe en cuestión –pese a que, por supuesto, sobrepasada cierta medida lo acaba por determinar–, sino el grado de integración de cada uno de los elementos que constituyen dicha urbe. En ello resulta determinante, además del factor humano, la adecuación de los medios a una realidad y no a una idea preexistente.

Dado el nada alentador panorama con el que observamos a esta urbe crecer vorazmente y al margen de mecanismo alguno capaz de detenerla, se comprende como sabio prestar oídos a aquellas demandas expuestas por arquitectos, teóricos y urbanistas –cuando éstos se revelan éticos en sus principios profesionales– pregonadas desde un siglo atrás. En este punto, acaso la principal de estas demandas, y en lo relativo al núcleo del presente texto, consiste en la reactivación de aquellos ejes parcialmente abandonados, y con ello hacemos referencia no sólo a los centros –en el sentido concedido a este término en la primera parte del artículo– hallables en el interior del espacio urbano, sino así mismo a la ciudad de capacidad media como hipotética solución a un problema generalizado en el horizonte de nuestras sociedades.

Así con todo, frente a este modelo de ciudad acorde a los tiempos presentes priorizado desde décadas atrás, modelo insalubre, inseguro e inhumano, una adecuada repartición demográfica puede venir a contrarrestar el efecto de ese proceso entrópico –del que forma parte a su vez el crecimiento demográfico– por el mero hecho de privilegiar una vida en torno a nuevos centros libres hasta el momento de la exagerada apropiación por parte de aquellos medios productivos de interés exclusivamente cuantitativo. En este punto, la cercanía entre los ejes urbanos, los diversos centros y el individuo, se comprende como necesaria y urgente con vistas a dotar a este último de un sentimiento de arraigo en lugar de constituirle en mero alimento del enorme organismo sobre el que se asienta. Lograda tal identificación, el sujeto tendrá la posibilidad de participar activamente de la ciudad, del espacio urbano, como si de una realidad propia se tratase –un hogar, a fin de cuentas¹⁴–, contribuyendo él también a su cuidado y a su ansiada vivificación.

La ciudad como templo / la ciudad como espacio antropofágico

Tratando de aunar las dos realidades expuestas hasta el momento, esto es, la búsqueda de centros como dinámica que nos conduce a los orígenes –denotativa de una conciencia humana, existencial, de la actividad y del hecho urbano–, y el hipertrofiado crecimiento de la urbe contemporánea –hipotecado por completo a una comprensión puramente productiva y materialista del hecho existencial e incluso estético–, nos trasladaremos a un espacio fundacional con el objeto de observar algunas peculiaridades inherentes, diríamos, al asentamiento colectivo, con el deseo de ponerlas en relación con la evolución de las ciudades en un marco reciente.

De acuerdo con el vínculo que establecemos entre un periodo fundacional en el que el individuo despierta masivamente al objeto simbólico, y uno reciente en el que, tras echar por tierra un aparato conceptual ineficaz con respecto a nuestro imaginario, se comienza a reelaborar un orden simbólico, observamos, ya hacia el Neolítico, la consolidación de espacios permanentes a modo incluso de recintos sagrados previos en tiempo a los primeros asentamientos llevados a cabo como respuesta a realidades meramente pragmáticas –si es que pueden comprenderse estas últimas de modo aislado en dichos momentos de estrecho lazo entre realidad concreta y orden numinoso de la existencia–. De este modo, recintos como Göbekli Tepe o Nevali Çori, ambos emplazados en la región Anatolia, se presentan, según se ha aventurado a creer, a modo de primeros asentamientos estables desde su función religiosa, función que

¹³ “La ciudad histórica hipertrofiada era todavía, residualmente, una entidad: la conurbación es una nulidad y se vuelve cada vez más nula a medida que se va extendiendo” (Mumford, 2014, p. 901).

¹⁴ “El hogar es también un escenario de rituales, de ritmos personales y de rutinas del día a día. El hogar no puede producirse de una sola vez. Tiene una dimensión temporal y una continuidad, y es un producto gradual de la adaptación al mundo de la familia y del individuo” (Pallasmaa, 2016, p. 18).

viene acompañada, naturalmente, de la realización en el lugar de paralelas o posteriores actividades asociadas a realidades de orden pragmático.

Este hecho nos pone en relación, por otra parte, con los primeros monumentos megalíticos denotativos – en líneas generales y más allá de las muchas particularidades asociadas a cada uno de aquéllos– de objetos simbólicos alusivos a un orden no meramente material, concreto, sino así mismo eidético y trascendental. Dichos monumentos, emplazados masivamente a lo largo de la Europa mediterránea y atlántica y de usual datación en el Neolítico tardío, nos ponen en relación a su vez con un proceso de simbolización que viene a tratar de establecer un lazo entre orden pragmático y orden trascendental. Indicaremos en este punto, ya de paso, que dicha reunión sólo puede ser comprendida a partir de un paralelo y en adelante progresivo distanciamiento entre los aludidos órdenes existenciales.

Se da en todo ello, en la consolidación de unos primeros asentamientos, templos y objetos sagrados, un fenómeno de delimitación de pulsiones telúricas, de espacialización¹⁵ y, en general, de masiva creación de espacios de enraizamiento del ser con su realidad existencial. En este punto, reiteramos, nos encontramos con que este proceso presupone ya un latente distanciamiento del sujeto respecto de su horizonte eidético en la medida en que el símbolo reúne realidades obviamente ya disociadas –en mayor o menor grado– por nuestro razonamiento. Podemos, a raíz de lo expuesto –y por ponerlo en relación con el desarrollo de los asentamientos humanos–, comprender que una búsqueda de espacios nucleares, de enclaves de ser, viene acompañada de una limitación del orden natural, de la caótica vastedad habitada por el sujeto, y que tal espacialización integra al individuo en el marco de una cultura que, acogiéndolo en primer lugar, en paralelo vendrá progresivamente a encerrarlo en una cárcel de conceptos, imágenes e incluso hechos concretos. El fenómeno, cabe indicar, no pasó inadvertido a los ojos de Hegel en relación con el hecho cultural, con el desarrollo de la estética –si bien, lógicamente, no el lugar ocupado por ésta en el horizonte de nuestro exagerado desarrollo técnico–, así como tampoco a los de Wittgenstein en relación con el lenguaje.

Regresando a lo acontecido con esos primeros asentamientos, veremos cómo el devenir posterior acaecido con el curso de los milenios, remitente a la posterior creación de las ciudades estado y a la paulatina formación de la urbe en sus distintas variantes ya a lo largo de un periodo histórico, desemboca en la modernidad en un punto de no retorno en la medida en que la técnica se introduce con fiereza en la estructura de ese mismo organismo, la ciudad, no sólo condicionándola, sino así mismo tomándose en parte inherente de aquélla, llegándose en su crecimiento infatigable a un punto en el que los centros – como ya indicamos, ajenos a su función y a su sentido primero– se tornan inoperantes, pues el caos, lo ilimitado y amorfo, pasa en primer lugar y en lo que aquí nos ocupa, a designar, a corresponderse, con la ciudad como exponente de la débil relación observada entre las propias construcciones del individuo. Este modelo de ciudad, por tanto, se presenta como terreno masivamente colmado de estructuras derogadas, resultando así, en sentido contrario al experimentado por los primeros asentamientos milenios atrás, necesitada de desocuparse, de vaciarse, con el fin de atesorar nuevamente el carácter, la naturaleza, de centro.

Los primeros asentamientos, entendidos en consecuencia no sólo como hechos paralelos a un modelo económico determinado, sino, incluso ante todo, como respuesta natural o movimiento inherente a una demanda espiritual –la búsqueda de centros, de templos donde residir y desde donde salir de un errático

¹⁵ No podemos dejar de lado, en este punto, la relación que este fenómeno presenta con la creación de símbolos posteriormente asociados a divinidades de rasgos masculinos, relacionadas a su vez con cuanto nos sitúa ante un sentir cronológico de la existencia.

estado de naturaleza–, acaban por hipertrofiarse a medida que la sociedad y los medios de producción crecen hasta, tras numerosos periodos intermedios, tornarse el hombre incapaz de arraigarse a otra cosa que no sea a uno mismo dado el alto grado de solipsismo –la aludida autorreferencialidad expandida a todos los órdenes humanos– comprendido como estadio espiritual opuesto al buscado por el sujeto con aquellas primeras construcciones. Este arraigamiento al propio yo y a nada más acaba, paradójicamente, por desarraigar al sujeto contemporáneo.

El presente estado, inevitablemente, acaba por descentrar a un individuo que ya sólo contará con dos posibles salidas, la una con vistas a tratar de frenar, y la otra con el objeto de alentar tal exagerado proceso entrópico. La primera de las posibilidades nos remite a la descongestión de inoperantes centros y a la paralela creación de otros nuevos; la segunda, a un dejarse devorar por el afán de lo meramente cuantitativo y productivo. De tomar esta última opción, el sujeto habrá de quedar irremediamente abocado a un existir descentralizado y no ya a un existir para sí mismo –en sentido amplio, no individualista en consecuencia–, de modo que el proceso de culturalización comenzado por el hombre en un periodo prehistórico, en ese periodo que cubre el Paleolítico superior, avanza por el Mesolítico y desemboca en el Neolítico, concluirá irremediamente en un orden humano regido primeramente por las demandas del espíritu técnico, estadio en que toda realidad espiritual se presenta fuera de sustancia y la función del sujeto se reduce a alimentar una maquinaria de producción ajena a sí mismo, resultando en consecuencia todo trabajo desprovisto de un componente de autorrealización a estas alturas innecesario. El trabajo, y no sólo ya el fruto que da, queda al margen del sujeto, domesticado como se ve por su propia creación.

Se llega así, y salvando las particularidades, evidentemente, al fin de la cultura como respuesta simbólica a nuestra situación en el mundo, como modo de asentarnos sobre unos valores en un primer momento hermanados o superpuestos a la naturaleza y, posteriormente, enfrentados al cauce propio de esta última; girando ya todo ello en torno a una actividad no necesitada de centros sino de una proyección constante, en torno también a la acumulación y el aprovisionamiento de unos materiales no sólo ajenos al ser, sino comprendidos, para nuestro espanto, como ese mismo ser, como un sujeto presto ya a satisfacer las ansias de la saturnal divinidad que hemos gestado. El individuo, lejos con ello de presentarse como sujeto orientado hacia ese centro vital que no deja de ser la vida misma, queda ahora zarandeado y a expensas de un caótico dinamismo de consecuencias inimaginables.

Cuanto hemos querido exponer en este apartado con estos dos modelos de asentamiento –alzados en torno a ejes axiales o guiados por un desmedido crecimiento– derivados de un mismo principio, nos conduce a la necesidad de plantearnos nuevos modelos de cohabitación al margen de esa hipertrofia descentrada, desmedida, propia de la gran urbe y de la megalópolis contemporánea. La respuesta, en cualquier caso, se comprende como transitoria, pues en este proceso el crecimiento demográfico se muestra como el principal elemento desestabilizador. Con todo, entre tanto, la presencia de ejes axiales en el espacio urbano –así como en toda realidad existencial–, según lo expuesto, ha de permitir afianzar sobre el sujeto la idea y la realidad de un lugar para ser, de un espacio realizable, es decir, apto para su transformación mediante un trabajo para sí y no para el gran mecanismo que va devorando al sujeto. El crecimiento ininterrumpido del espacio urbano en una y en todas direcciones¹⁶, en definitiva –crecimiento ajeno a la articulación entendida como espacio de asentamiento, de detención de ese tiempo vertiginoso

¹⁶ Como paroxismo absoluto de esta tendencia hemos de aludir a los proyectos o construcciones ya realizadas en relación con un exagerado sentido de hundimiento, uno de cuyos modelos más radicales es el propuesto por *Bunker arquitectura* consistente en el ‘levantamiento’ de un rascasuelos en el mismo Zócalo de la recientemente redenominada Ciudad de México.

que aviva y devora a la ciudad moderna—, nos lleva a replantearnos el sentido de nuestro lugar en la ciudad, de la ciudad misma como espacio ideal de asentamiento y, por último, el sentido concedido por el sujeto a su relación con el entorno —a mayor y menor escala— del que toma parte y del que se rodea.

Conclusión

¿Qué opciones se presentan como convenientes con el fin de detener el apocalíptico proceso expuesto a lo largo de las páginas precedentes? La respuesta parece clara y, quizás por ello, invisible en tantas ocasiones a nuestros ojos, pues lo cierto es que, frente a este acontecer nacido del ser y concluido en la máquina, conducido de dentro afuera por tanto, el sujeto ha de dirigir sus esfuerzos a tratar de invertir tal inercia tornando en primer lugar a comprenderse a sí mismo como ser estético, es decir, como sujeto capaz en la medida de sus posibilidades de transformar su espacio cotidiano, su morada, su calle, su barrio, tal y como podemos observar en no pocas de las ciudades medias —quizás especialmente hacia el norte de Europa dado su acentuado sentido colectivo¹⁷—, así como, por supuesto, en buena parte de las pequeñas ciudades y pueblos de una u otra coordenada. La labor a desarrollar apunta al asentamiento sobre uno mismo de aquello que ha quedado fuera de cada particular esfera vital, y es que esta tarea, a la vez que nos hace responsables, inevitablemente nos provee de la posibilidad de liberarnos.

Comprendiéndose en consecuencia el sujeto como templo en primer lugar, deja paralelamente de ponerse al servicio del enorme mecanismo en el que ha quedado perdido, desarraigado de sí, pasando en cambio a buscar, ahora de modo espontáneo, esferas naturales de convivencia, esferas de participación común, sociales, capaces de dotar por sí mismas a un espacio de esa cualidad axial sin la cual ni antes ni ahora sabemos manejarnos.

Evidentemente —no deseamos cerrar estas líneas sin referirnos a ello—, el problema expuesto en estas páginas se debe corregir a su vez por el otro lado de la cadena, cuyo cabo queda en las manos de políticos, autoridades, urbanistas, arquitectos, etc., si bien, consideramos que —al menos en periodos de estancamiento de sistemas organizativos supraindividuales— el salto de la pasividad individual a la actividad colectiva puede y debe ser impulsado desde las pequeñas agrupaciones, desde el individuo por tanto. La liberación interior le concede a cada sujeto la posibilidad de mostrarse activamente comprometido, y así, ante una determinada escasez de centros urbanos capaces de revitalizar sujetos y espacios, de revitalizar comportamientos, en fin, el sujeto cuenta con la posibilidad de ir creándolos él mismo, empezando dicha tarea con la responsabilidad de comprenderse uno como lugar axial, como templo —en el sentido ya mencionado de la palabra—. En ello, el respeto, la integración y el salir de una condición individual a una social, se presentan como factores fundamentales.

Los niños, todos lo vemos en nuestros paseos por uno y por todos los rincones de una u otra ciudad, son capaces de hacerlo, y así, según nos recuerda Jan Gehl, ahí donde dos niños se juntan para jugar, dos o tres más aumentan el grupo y no tardan en llegar unos padres o abuelos que pronto comienzan a charlar entre ellos. Semanas después, el descampado se ha hecho parque y ya el vecindario comienza a tomar como hipotética la posibilidad de cuidar ese espacio, aun con el objeto de proveer a esos pocos niños de un lugar donde reír, un lugar que, en cuanto ellos, los niños, lo han ideado, ellos mismos lo han creado, mientras nosotros, más torpes y escépticos, nos reducimos —esta vez nos ampliamos— como siempre a poner los medios, a dotar al parque de esas necesidades materiales, una mesa aquí, una maceta allá, un par

¹⁷ El presente fenómeno lo podemos observar incluso en hechos tan sencillos, si bien significativos, como el cuidado colectivo de alcorques y pequeñas parcelas urbanas, tan usual en países nórdicos, especialmente en poblaciones de medidas no hipertrofiadas.

de sillas por ahí, que pronto se habrán transformado en velero, jardín o portería de fútbol. Así habrá de ser, y poco nos puede importar el reproche llegado de aquellos sujetos hastiados o ajenos a todo sentido de lo bello. Nuestros jardines, lo deseen o no, también se habrán de levantar para su propio disfrute.

Sintetizando lo expuesto en este último apartado, comprendemos que una respuesta individual como primer paso con vistas a solucionar el problema del desmadejamiento urbano –y recordemos que esta solución, lejos de idealista, se presenta realizable tal y como observamos en no pocas esferas sociales¹⁸–, requiere de una apertura hacia el otro por parte del sujeto, peldaño primero con vistas a fomentar el surgimiento de centros vivos, de puntos de encuentro entre unos individuos –con sus respectivas realidades, problemáticas, etc.– y otros. La respuesta a estas reuniones llegará por sí misma, y es que, por el mero hecho de buscar el sujeto espacios de más libre convivencia, vaciando a su vez los ya existentes de estructuras humanamente inservibles, logrará modificar en un determinado grado no sólo la forma, sino así mismo la función de la ciudad: la rehumaniza.

La serpiente urbana sigue entre tanto su curso, y sin embargo, mientras, uno ha de vivir, y en este deseo de vida sólo queda el resituarse presencialmente, el generar, de modo común, espacios de vida y de encuentro, el no dar la batalla contra nosotros mismos por pérdida como tampoco por ganada, es decir, en suma, el no dejarnos aprehender por una dañina dialéctica, pues cuanto urgentemente requerimos apunta a un modelo de existencia acorde, no nos extrañemos, a las aspiraciones de esos primeros asentamientos humanos allá por el Neolítico temprano, a buscar espacios de convivencia o, en otros casos, a crearlos, tornándonos activos, dinamizando una sociedad cada vez más sedentaria y ajena a la realidad sensible, a la calle, a la luz y a la vida, a todo cuanto nos hace humanos y haciéndonos humanos nos libera, todo ello como primer paso con vistas a recuperar ese sentido simbólico, estético, del espacio urbano, y con ello la consolidación de ejes, de esferas vitales dotadas del valor de templo.

Bibliografía

- Aguirre-Martínez, Guillermo (2015). *Forma y voluntad*. Madrid: Verbum.
- Geddes, Patrick (2009). *Ciudades en evolución*. Oviedo: KRK Ediciones.
- Gehl, Jan (2006). *La humanización del espacio urbano*. Barcelona: Reverté.
- Koolhaas, Rem (2015). *Acercas de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Mumford, Lewis (2014). *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Norberg-Schulz, Christian (1980). *Existencia, espacio y arquitectura*. Barcelona: Blume.
- Pallasmaa, Juhani (2016). *Habitar*. Barcelona: Gustavo Gili.



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.

¹⁸ Si bien es cierto que tal respuesta ha de verse correspondida con una reacción por el otro lado de la cadena, con las instituciones en primer lugar, aspecto que, en cualquier caso, queda más alejado de nuestro alcance y que no desmerece un ápice nuestro esfuerzo.